

ANTE UNA NUEVA GEOPOLITICA EUROPEA (*)

Antes de comenzar esta conferencia, que se sitúa en el marco internacional de la Universidad «Menéndez y Pelayo», y dentro del XIII Curso sobre *Europa en el mundo actual*, quiero recordar, no sé si con noble orgullo intelectual o con aguda nostalgia de político que no ha visto apenas avanzar sus ideas, dentro de su patria, que soy uno de los adelantados —sin duda, modesto, pero adelantado al fin— del nuevo europeísmo en España.

En 1951, hace ya más de veinte años, pronuncié una conferencia, que inmediatamente fue publicada, sobre el tema, entonces novedoso, *La unidad europea*.

En 1951 comenzaba a dar sus primeros pasos vacilantes el Consejo de Europa, acababa de firmarse la *Convención europea de Derechos del hombre*, aún no se había promulgado la *Carta social* ni se había llegado —tardaría todavía seis años— al Tratado de Roma...

Ya entonces propugnaba yo el puesto de España entre los países que intentaban llegar a una integración económica europea y a una cooperación política. Pero la incomprensión nos cercaba. Y nos sigue cercando. Es posible que tampoco nosotros hayamos hecho lo bastante para comprender a los demás, de fronteras para fuera. Para comprender, sobre todo, que la diversidad en la unidad, de que se ha hablado tantas veces, debe tener una filosofía política en gran medida común, compatible con un pluriformismo que por ser histórico, de profundas raigambres nacionales, no puede liquidarse en un momento...

Dentro de esta línea, que tiene un pie en el pasado y los ojos en el más inmediato porvenir y avizora los varios horizontes del presente, voy a intentar exponer las ideas que siguen.

(*) Conferencia pronunciada en la Universidad Internacional «Menéndez y Pelayo», de Santander, el día 8 de agosto de 1973.

I. HACIA UN NUEVO CONCEPTO DE LA GEOPOLÍTICA

Lo que caracteriza a la ciencia nueva —a las ciencias nuevas, en general— en nuestro muy avanzado siglo XX, es su cualidad de *interdisciplinares*.

Lo que caracteriza a la política nueva es su universalización, la cualidad de condicionarse, incluso en lo que suele llamarse *política interior* de los Estados, por las relaciones internacionales.

Esta doble afirmación, que dejamos sin prueba y como prólogo a nuestra intervención, plantada aquí y ahora, como un hito desde el que comenzar, resulta más cierta y hasta con caracteres de evidente, cuando se trata de Geopolítica.

La Geopolítica, aunque tenga muy lejanos antecedentes, por supuesto totalmente asistemáticos y precientíficos, y más militares y prácticos que teóricos, que pueden exhumarse desde la Antigüedad clásica, es una de esas materias, de conocimientos o de problemas que en nuestro siglo ha roto los viejos compartimentos estancos del añoso árbol de la Ciencia y con injertos de varias de sus ramas ha logrado hacer desarrollar y crecer otra diferente.

En los planteamientos de sus problemas y en las exposiciones de sus teorías, al factor geográfico que subyace o debe subyacer siempre, se superpone el acontecer histórico que lo vivifica; y a los análisis económicos que condicionan, se suman las decisiones políticas de muy compleja motivación.

Y así es cómo resulta que en lo geopolítico, Geografía e Historia, Economía y Política tejen su más variada danza sin que nadie, nunca, sea capaz de desenredar la trama, porque entonces es lo geopolítico lo que desaparece como tal, ya que lo geopolítico es la realidad misma entretejida de todos esos elementos, ya de por sí tan variados y complejos.

Quizá para entendernos mejor y tener una sencilla hipótesis de donde partir en los análisis que van a seguir, sea conveniente *sintetizar* un concepto, evitando escollos conceptuales y de escuela, ahora además innecesarios y que pondrían demasiados lazos y ataduras al proceso de nuestra argumentación. Nos atenemos, pues, al concepto de Roucek: «Geopolítica es la política en relación con la geografía».

Por lo pronto, tiene la ventaja de que nos abre perspectivas hacia una geopolítica de la paz, máxima preocupación actual, que tuvo su primer adelanto en Bowmann. Pues hasta muy recientemente el término *geopolítica* levantaba sólo una problemática de geoestrategia, una larga serie de concepciones geográficas en que apoyar objetivos y finalidades militares y políticas de mayor o menor alcance, con vistas incluso a un dominio directo o a una hegemonía indirecta de la totalidad o de una gran parte del mundo.

Ante ese telón de fondo, más que un Ritter, un Ratzel, un Kjelen, un Vidal de la Blanche o un Camilo Vallaux, que todavía permanecían *científicos*, se nos evocan las figuras de un almirante Mahan y un Mackinder; de los generales Haushofer, Douhet y Seversky o de los profesores Spykman y Cohen, por no contar sino los representantes de las más diversas tendencias, todas ellas inmersas en una preocupación geoestratégica mundial.

Pero si volvemos al amplio y nada comprometido concepto de Roucek, que sólo induce a poner la política —toda y cualquier política— en relación con la geografía, la geopolítica se abre también en dirección a lo que ya se comienza a llamar *geografía aplicada* o *geografía activa*. Pues es claro que hay una política del desarrollo, una política de la organización territorial, una política de la distribución y el consumo, etc... cuyas bases geográficas son incuestionables. Tan incuestionables como necesarias si quiere lograrse, en cualquiera de esos campos, unos resultados positivos.

Por otra parte, los problemas de metodología se tangencian, en la geopolítica y en la geografía activa o aplicada.

«El objeto de la aplicación de los métodos geográficos es el conocimiento de situación. ... La geografía es el resultado y la prolongación de la historia. ... En cuanto historiador de lo actual, el geógrafo debe proseguir los estudios del historiador, aplicando métodos que le son propios», escribe, por ejemplo, Pierre George.

Pero tales planteamientos metodológicos pueden ser —y son— asumidos por los geopolíticos. Sin necesidad de ir más lejos, la idea de *situación geohistórica*, que esbozó nuestro Vicens Vives, se mueve por completo en esa aludida línea metodológica.

Y el intento de *metodología de la Geopolítica* que nosotros hicimos, hace ya treinta años, en nuestra tesis doctoral de Filosofía y Letras, se planteaba esencialmente el problema de la comparación *histórica* de situaciones geográficas, en el más completo sentido de esta expresión, es decir, con referencia a hechos de geografía humana.

Vemos, pues, que la Geopolítica, como materia de estudio interdisciplinar, presenta hoy una nueva faz, a cuya luz será pertinente contemplar la también nueva problemática de Europa.

2. LAS CUATRO GRANDES CAUSAS DE LA NUEVA GEOPOLÍTICA

Sin embargo, hemos de dedicar aún alguna parte de nuestras reflexiones a las causas más generales que han producido esos profundos cambios en el concepto y en el contenido mismo de la Geopolítica.

Porque en realidad ni siquiera las grandes transformaciones que ha experimentado Europa después de la segunda guerra mundial son bastantes para explicarlos.

La motivación es más amplia y de gama que va desde la tecnología a la sociología, interfiriéndose la investigación científica más pura y avanzada, con sus aplicaciones más prácticas y con las ideologías de los pueblos que emergen hacia la soberanía política. Aunque aquellas ideologías todavía no las puedan comprender ni sentir, más que como una influencia ajena, muy someramente superpuesta a las nuevas nacionalidades. Y su independencia nacional, nominal y meramente jurídica, esté aún bien lejos de ser en verdad ejercida.

Vamos, pues, a intentar ordenar un esquema esencial de las concausas que han hecho quebrar los anteriores supuestos geopolíticos, que podríamos, a grandes rasgos, hacer coincidir con las dos grandes direcciones, talasocrática y epirocática, o por personalizarlas, las que representan el dominio del mar, del almirante Mahan y la concepción continentalista del profesor Mackinder.

2.1. La segunda guerra mundial y, si cabe, aún más, los acontecimientos tan variados de la postguerra, desde el *punte aéreo* para salvar y vencer los 323 días del bloqueo de Berlín por la U. R. S. S. y las operaciones aeronavales —decisivas— de apoyo logístico a las fuerzas de Tierra combatientes en Corea y Vietnam, han hecho valorar adecuadamente el *poder aéreo* y surgir una nueva geopolítica del *dominio del aire*, que se despliega desde las casi profecías, en cierto modo lejanas, del general italiano Douhet hasta las nuevas valoraciones del espacio geográfico que ha hecho el profesor norteamericano Spykman.

Hay que combinar, pues, varios puntos de vista. La superación de la barrera del sonido y en la astronáutica también la barrera térmica, junto con la ampliación de los radios de acción autonómica y de la capacidad del transporte, han eliminado en gran parte la necesidad de bases aéreas avanzadas (conforme a lo que ya había previsto Seversky). Una futura guerra puede concebirse desde posiciones muy distantes entre sí, con armas (termonucleares) de alcance intercontinental, que resultarán decisivas y acaso sólo protegidas, en su trayectoria, y apoyadas en sus impactos y resultados, por la aviación convencional, de condiciones técnicas avanzadísimas, portadora también de armas atómicas.

Ante esta nueva luz, que no es una ficción juliovernesca, sino que se basa en bien conocidas realidades actuales, ha perdido sentido la vieja teoría mackinderiana y su famoso silogismo sobre el dominio del *heartland*, para trasladar su acento e interés hacia lo que Spykman llama la *tierra de borde* (en cuyo extremo occidental encontramos a nuestra Europa), mas los sectores septentrionales del Atlántico y el Pacífico, y el casquete polar ártico, con la singular

significación estratégica de Alaska, sobre la que ya había llamado la atención Mitchell.

Pero encontramos que de toda la *tierra borde* sus dos extremos, Europa occidental y Japón, son, por su densidad humana, su capacidad técnica y su poder económico, dos auténticos *pivotes* que no pueden caer, sin más, en la esfera de las decisiones políticas y geoestratégicas de los U. S. A. o de la U. R. S. S.

Si esto fue realidad, en cuanto a los U. S. A., en los años cuarenta y cincuenta, cuando una Europa en reconstrucción y un Japón vencido y ocupado tenían que seguir los dictados del gran aliado y vencedor, cada vez más va dejando de ser cierto, a medida que Europa cobra sentido de unidad y fuerza económica y el llamado *milagro japonés* contribuye a que su política exterior recobre sus peculiares iniciativas. Por eso, pivotes los dos de la *tierra borde*, condicionan otra vez y de nuevo ese espacio de la potencia aérea y astronáutica por las posibilidades de ambos territorios. Y condicionan, por lo menos limitándola, la capacidad de iniciativa, de las dos grandes potencias actuales: U. S. A. y U. R. S. S.

Por eso, las teorías de Spykman, que tanto parecían revolucionar, aunque sólo datan de hace treinta años (recordemos que eran expuestas en 1942), han tenido que ser revisadas por los propios norteamericanos, con el profesor Cohen a la cabeza.

Y dentro de su concepción de dividir el mundo en tres grandes regiones —la del comercio marítimo, la parte continental eurasiática y la zona monzónica asiática— el conjunto que forman la Europa marítima y el Mogreb, ciertamente ampliado hasta Suez, a lo largo de toda el Africa septentrional, ocupa una situación de excepcional interés.

2.2. Otro de los factores que han modificado más sustancialmente las condiciones geopolíticas es la energía atómica y su aplicación a las armas más mortíferas, apocalípticas en verdad, que ha conocido la humanidad. Su poder destructor hoy evalúa en megatones lo que ya fue terror, en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, computado entonces sólo en la equivalencia de toneladas de explosivos. Se agrega su capacidad para ser teledirigidos e incluso propulsados desde estaciones subterráneas, submarinas o espaciales. En consecuencia, en cierto sentido, el problema de las *bases* estratégicas, geográficamente considerado, que era clave de la Geopolítica clásica (si así puede hablarse, en una disciplina tan nueva) desaparece o se atenúa considerablemente. La Geopolítica clásica pierde, pues, una gran parte de su interés, porque éste se centra mucho más en las localizaciones de decisión y de disuasión, que en ocupaciones militares.

Pero desde este punto de vista nos encontramos con que también Europa, a través de Francia, ha reencontrado un protagonismo. La decisión del Presidente, general De Gaulle —proseguir las investigaciones nucleares hasta lograr armas atómicas de disuasión, según la terminología del general Beaufré—, adquiere, desde esta perspectiva, una particular relevancia. Pero ocurre que Francia está en el centro mismo de la política europea, hasta el punto de que ha sido ella, durante más de un decenio, la que ha condicionado muy rigurosamente la incorporación de Gran Bretaña a la C. E. E.

Quizá por eso, cuando nuestro compatriota Salvador de Madariaga recibió el Premio Carlomagno 1973, elevó con acierto al general De Gaulle como el cuarto de los grandes Carlos (el Magno, nuestro Emperador, Marx y De Gaulle), en el proceso de la unidad europea, cada uno con su especial y no muy unívoca significación.

En la nueva geopolítica, basada en las armas nucleares, Francia, y por lo tanto Europa, vino a romper la *bipolaridad* U. S. A.-U. R. S. S., e hizo que comenzase a desaparecer el peligro de ser un mero elemento pasivo ante las decisiones ajenas, de poderes extraeuropeos.

Ya se adelantó De Gaulle a la objeción de la modestia de sus armas atómicas. Aun siendo mucho menor que las de su presunto antagonista, bastaban si eran capaces —y lo son!— de dejar fuera de combate a un enemigo potencial.

Eso quiere decir —nos parece— que esa parte de la *tierra borde* del corazón del mundo, ya no iba a ser sólo escenario pasivo, sino centro de una decisión propia sobre el uso de su propio poder.

2.3. Aparece después otro tercer factor en este conjunto de concausas que conduce hacia una nueva geopolítica: la *descolonización*. Sin duda, otro de los fenómenos más grandes de nuestro siglo.

Cabe, desde luego, pensar si este acontecimiento masivo, de que las grandes potencias del inmediato pasado hayan abandonado a ritmo rápido las ingentes extensiones de territorios coloniales que tanto esfuerzo bélico y tanto tiempo les costó conseguir, no habrá venido inducido, más que por convicciones ideológicas de moralidad y juridicidad internacionales, por el entendimiento de que con las nuevas armas y técnicas, de una parte, y con la seguridad de la continuación de sus instituciones de explotación económica, por otra, no era preciso ya seguir con el aparato externo de su dominación político-militar.

Pero dejando de lado estas sospechas —u otras, que afloran siempre sobre que haya subyacido también el intento de sustituir la influencia europea por la de otros países no europeos, en los «descolonizados» el hecho cierto está ahí: Salvo muy pocos, pequeños o muy atrasados pueblos que por radical

incapacidad para autogobernarse siguen en regímenes de protección cuasicolonial, aunque en cumplimiento de mandatos y compromisos internacionales, todos los demás han ido recibiendo sus patentes de soberanía e independencia. Y este hecho ha variado sustancialmente el mapa político mundial que existía todavía en 1939.

Y más aún, porque algunos de ellos, queriendo evadirse de la alienación inducida por las antiguas metrópolis, han denunciado y hecho dismantelar sus antiguas *bases* militares o navales y trastocado, en consecuencia, todo el sistema estratégico anterior.

Hay más: Casi todos estos países son fuentes de unas u otras materias primas: petróleo, minerales de interés energético o estratégico, fibras, caucho... Y son igualmente potenciales mercados, tanto para la inversión financiera como para el consumo de bienes producidos en los países industriales. Entonces, desde ambos puntos de vista, una política internacional basada en la nueva faz geográfica del poder político y del potencial económico se abre paso. Pero ya no es, como en los siglos de las grandes contiendas coloniales, una política de beligerancia, sino una política de competencia pacífica, que, por lo tanto, comporta una geopolítica de paz.

Y aquí incide otra vez lo que ha sido, lo que es y lo que puede ser Europa en relación con estos países descolonizados y, en general, con los que también lo fueron antes, como Hispanoamérica, y que, en conjunto, todavía subdesarrollados, constituyen el llamado *tercer mundo o naciones proletarias*.

Europa, en esta geopolítica de paz, constituye un centro de atracción, como luego examinaremos, y tres países, sobre todo —España, Francia e Inglaterra— que han legado idioma y modos de vida y de cultura a sus respectivos territorios ex imperiales, están llamados a una función vinculante del mundo político que emerge de las naciones nuevas a la proyección, cara al futuro, de las formas de cultura occidental. Pues no olvidemos que una vez escribió Unamuno, comentando nuestro *Día de la Raza* (por cierto instituido por iniciativa del Presidente argentino Hipólito Irigoyen) que «la raza es la lengua». Porque la lengua es el vehículo o instrumento a través del cual los pueblos ascienden desde el estrato cuasi biológico de la subhistoria al área espiritual de la cultura. De ahí que pueda tenerse esperanza de que esa triple herencia —los idiomas español, francés e inglés— que han recibido tantos pueblos, puedan convertirse en vínculos de unión con una Europa más grande, influyente en el futuro sobre anchas parcelas de humanidad, rompedoras de fronteras meramente étnicas y creadoras de nuevas y fecundas relaciones humanas.

2.4. Naturalmente que esto no se conseguirá sin dificultades. Aquí aludimos ya a la cuarta concausa de la transformación de la geopolítica. Hay, o va

a haber muy pronto, nuevos centros de poder mundial. Al lado de U. S. A. y la U. R. S. S., de la naciente Europa unida y del renacido Japón (hoy todavía no militarizado, carente de fuerza de disuasión nuclear y aún de Armada y Aviación, pero sin duda potencia económica de primer orden), emerge ya China y se anuncia la India, verdadero subcontinente, con posibilidades imprevisibles. ¿Y por qué no Brasil, a un plazo indeterminado, pero no largo, si se orientan y encauzan sus posibilidades, como sin duda se terminará de lograr?

De nuevo nos encontramos, en cierto modo y con base de partida en la historia que se está haciendo bajo nuestros ojos, con las concepciones geopolíticas de Cohen, que este profesor extrajo de la mera observación geográfica: Un mundo plural y complejo, en vez de un mundo unitario por el mar (Mahan), por el dominio de su corazón terrestre (Mackinder) o por la hegemonía del aire (Douhet, Seversky, Spykman).

Y si el mundo es plural y complejo y nosotros, los europeos, estamos situados en una de las zonas más vitales y activas —si no la que más— en un extremo oceánico, a la vez del mundo atlántico y de la *tierra borde* de Eurasia, es lógico que intentemos también replantear *ex novo*, en cuanto sea posible, la geopolítica europea que, ya lo hemos visto, no puede excindirse de la mediterránea y de la del Africa blanca o septentrional.

Y precisamente, por este doble condicionamiento —mediterráneo y africanista— quizá los españoles estemos llamados a comprender la *unidad europea* —objetivo fundamental de nuestra generación y de la que nos sigue— en el contexto más amplio que marcan los países ribereños del Mediterráneo y que delimita por el Sur el verdadero mar, mucho más intransitable, de las arenas saharianas.

Desde cuatro vertientes bien diversas (presencia de la nueva y poderosa aviación y astronáutica; armas atómicas; proceso descolonizador y nuevos centros emergentes del poder mundial) hemos incidido en la cuestión que nos importa: Europa y su nuevo papel, sin precedentes, en la nueva geopolítica mundial.

No es un capricho de ideólogos. Es una realidad, aunque infiero que presenta toda la problemática de elementos integradores bien conocidos y difícilmente manipulables, porque son el resultado de siglos de historia muy viva, sensible y conflictiva en un pequeño espacio. Pero así y todo, es una realidad.

Y pues hay una nueva geopolítica tiene que haber una nueva respuesta de Europa. Ella misma —Europa— tiene que ser la nueva respuesta. *Europa unida es la respuesta.*

En lo que sigue vamos a intentar contribuir de alguna manera a explicar cómo se va formulando, con dificultades de gestación, esa respuesta a una de las más graves incitaciones políticas de nuestro tiempo.

3. LAS TENDENCIAS DE LA NUEVA GEOPOLÍTICA

Estos antecedentes han marcado, para el presente y para el porvenir más inmediato, unas tendencias que parecen claras. Tenemos que hacer la reserva de que, siendo lo geopolítico tan fluido y cambiante, tan condicionado por variables que pueden surgir —y surgen— en los más inesperados lugares o personas, no queremos decir que lo que intuimos ahora como tendencias actuales vaya a tener una vigencia muy larga. Nos limitamos a afirmar que son directa y fácilmente observables, hoy. Pero tenemos muy en cuenta lo que dice Carl J. Friedrich, profesor de Cambridge, Mass. (U. S. A.):

«No es posible hacer predicciones en el terreno político, pues la política, a través del papel crucial que juega en ella el liderazgo, cambia continuamente, movida por los hombres que la ejercen. De aquí que la regla sea: en política, espera lo inesperado.»

Con estas prevenciones nos parece que podemos establecer las grandes tendencias geopolíticas que —solo hoy, repetimos— se advierten, y dentro de las cuales adquiere volumen y significación especial el espacio que ocupan las Europas occidental y mediterránea.

Esas tendencias creemos que son:

3.1. *Una geopolítica de paz.* Las dos grandes guerras mundiales que ha presenciado el siglo XX (1914-18 y 1939-45), originadas y protagonizadas, en gran parte, sobre suelo europeo, han demostrado, sin lugar a ninguna duda, que no han podido resolverse con los solos medios de los Estados de Europa. Y que al generalizarse a escenarios que cubrieron totalmente las tierras, mares y cielos del mundo, sin perjuicio de la existencia de neutrales, han obligado a cambiar la óptica de los problemas de nuestro Continente.

No es probable que ningún liderazgo europeo pudiera en adelante convertir una fricción de fronteras en un *casus belli*. Y no es porque en Yalta y en Postdam no se haya caído en errores macroscópicos, casi increíbles, si no estuvieran ahí materializados, entre otros de menor cuantía, en los casos de las fronteras de la U. R. S. S. asimilando íntegros los Países bálticos y grandes porciones de la Prusia Oriental; la traslación del espacio político polaco hasta

la línea del Oder para compensar ocupaciones soviéticas en el Este del país; la división de Alemania y la división, aún más increíble, de Berlín, supremo pecado contra la lógica, la naturaleza, la sociedad humana y la historia...

Pero se conoce demasiado bien el precio excesivamente caro que se pagaría por un intento bélico para deshacer o borrar, aunque fuera parcialmente, esta obra. Por eso, más que a borrar o deshacer fronteras, o siquiera rectificárlas, los países europeos, y más aún los afectados por esos cambios, tienen interés, si acaso, en ir suprimiéndolas, entre sí, en cuanto sea posible. Y mientras no pueden ser suprimidas, en reconocerlas. Por eso no resulta paradójico, si bien se mira, que la actual *Ostpolitik* del canciller Willy Brandt, venga a ser hoy la única forma posible de matener el europeísmo, cara al Este. La que hubiera tenido que orientar y admitir, si viviera, Adenauer, en aras precisamente de la paz y la unidad de la Europa posible, es decir, hoy por hoy, la Europa occidental.

El precio, desde luego, es alto: confirmar la división de Alemania y de Berlín y respetar la frontera polaca con la Alemania oriental. Pero se ha pagado, por fin. Está en el artículo 3.º del Tratado de Moscú entre la Alemania Federal y la U. R. S. S., que dice: «Ambas Altas partes están de acuerdo en reconocer que la paz sólo se puede mantener si nadie atenta contra las fronteras actuales».

Y como ha reconocido una persona de tanta autoridad en estas cuestiones, como es el general Beaufré, ha hecho posible rápidamente un deshielo verdadero entre Alemania y la U. R. S. S. y desembocar en un auténtico Tratado de paz que —como es sabido— todavía faltaba.

Igualmente ha hecho posible que en Helsinki se hayan reunido 34 países, más el secretario general de la O. N. U., para intentar los primeros jalones positivos de una *seguridad europea*.

A nadie se le puede ocultar que estas negociaciones SALT, de Helsinki, han evolucionado mucho desde que los países del Este, orquestados por su director, la U. R. S. S., tras la conferencia de Karlovy-Vary (1969) propusieron una conferencia *pan-europea* para este fin. Su propósito o intención, entonces, era, a no dudarlo, dismantelar en cuanto fuera posible el dispositivo defensivo de la N. A. T. O., bajo pretexto de que constituía una amenaza potencial para los países del Pacto de Varsovia. La evolución ha consistido en reconocer ambos verdaderos interlocutores —es decir, U. S. A. y U. R. R. S.— que las dos Europas que todavía subsisten separadas, la Occidental y la Oriental, han dado pasos importantes, más aquélla que ésta, para evitar convertirse de nuevo en escenario de un antagonismo entre terceros.

Aunque no sea muy grande la parcela de autonomía, como dijo Couve de

Murville, que nos queda a los europeos en materia de defensa propia, algo importante sí que representa esa posibilidad.

Y a pesar de lo poco que en Helsinki se ha conseguido —casi sólo unas declaraciones previas para proseguir las negociaciones— sí que parece haberse logrado también que Europa comience a dejar de ser considerada como un posible campo de batalla entre dos superpotencias ajenas a su suelo.

En pocas palabras: Los países europeos parecen haber perdido la iniciativa de la *perturbación* internacional por cuestiones internas suyas, que les caracterizó en la primera mitad del siglo.

Y por otra parte, parecen querer asumir la posición *geobloqueante*, muy en consonancia con su posición entre las dos superpotencias que parecen concentrar hoy masivamente, aunque ya no exclusivamente, el poder atómico. Por eso, en su espacio, puede decirse que se afanan en una *geopolítica de paz*.

Decimos sólo en su espacio. Porque es evidente que esta tendencia no puede extrapolarse. Tal tendencia no puede considerarse a nivel *extraeuropeo*. Hay otras zonas de fricción. La geopolítica *no pacífica* es hoy *extraeuropea*. No siendo posible, por razones de filosofía política, de política interna y hasta de carencia de grandes intereses vitales, una iniciativa *bélica* de los U. S. A., el mapa de fricciones sólo nos aparece como posible en los siguientes puntos:

a) Penetración soviética contra Europa occidental. Si bien esta posibilidad tiende, como hemos visto, a ser neutralizada: de una parte, por el robustecimiento de la propia Europa, y de otra, por las negociaciones SALT, que de coronarse tranquilizarían a U. R. S. S. por la limitación de los efectivos norteamericanos y le permitirían dirigir y mantener su atención sobre otra zona, más acuciante, que trataremos en seguida. (Anotemos aquí que consideramos que a la U. R. S. S. como potencia *extraeuropea*, pues queda al margen de los problemas y soluciones que estamos considerando, todos ellos relativos a la Europa centro-occidental y mediterránea, es decir, el espacio de la *Europa en construcción*).

b) Fricción crítica U. R. S. S.-China, por los extensos territorios fronterizos que parecen estar en juego a pesar de las en principio comunes ideologías internacionalistas y marxista-leninistas de ambas potencias.

c) Una fricción análoga entre China e India, aunque a más largo plazo, salvo que China ponga sus ojos en aquel subcontinente bajo las formas de la guerra subversiva y de quintas columnas, con objeto de poder influir desde India sobre los pueblos del Sudeste asiá-

tico, intensificando las ya conocidas que viene ejerciendo desde hace unos años, con varia fortuna y resultado; y, finalmente,

d) Complicaciones críticas en los varios países del Sudeste asiático, que por ir a convertirse en satelización de la China maoista, con inminente riesgo de influencia sobre Insulindia, Filipinas, etc., alertase hasta límites de intervención bélica a los U. S. A.

La verdad es que otros escenarios bélicos no se advierten como posibles. No los hay en Africa. La mejor prueba es Suez, ruta mundial cerrada desde la guerra de los Seis Días, hace varios años. No valió una guerra, aunque la geopolítica clásica señalaba el Canal famoso como una de las zonas más presuntamente conflictivas (1). Ningún otro país de Africa, de menor valor estratégico, valdría una guerra tampoco. No la valieron las extensas y ricas comarcas del Zaire, con minerales de gran interés. Ni Nigeria. Ni Rodesia.

No hay tampoco zonas conflictivas en América central y meridional, a pesar de las enormes dificultades internas de cada uno de esos países. La crisis de Cuba fue otra patente demostración.

Por eso, en el conjunto mundial, hemos podido definir a Europa, en otros tiempos, incluso muy cercanos, tan activa política y bélicamente, dentro de una *geopolítica de paz*. Su contraste con otros posibles escenarios belicistas es evidente.

3.2. La segunda gran tendencia es la de *constitución de una nueva Europa*, condicionante en grado sumo de la que acabamos de examinar.

Europa no es una utopía más que, si acaso, en el sentido que ha intentado aclarar el alemán Jo Sindern: algo abierto, cuya realización se encuentra en el futuro, indeterminado, pero no forzosamente indeterminable.

Europa es una idea en marcha, algo *in fieri*, que se está realizando desde hace varios siglos, pero que no se ha concretado hasta el Tratado de Roma (1957) y no se ha confirmado hasta el de Bruselas (1965), cuando las tres originarias Comunidades (C. E. C. A., C. E. E. y C. E. E. A.) quedaron refundidas institucional y espiritualmente en la poderosa fuerza que es la actual Comunidad.

Pero resulta que con la ampliación, desde 1.º de enero pasado, a base de la incorporación de Inglaterra, Irlanda y Dinamarca, hasta «Nueve» miembros y con las decisiones de la cumbre de París (octubre 1972) por encima de la oficial denominación, un tanto equívoca, porque sigue evocando, sobre todo, los aspectos meramente económicos de la fusión, comienza a perfilarse lo que

(1) Mes y medio después de pronunciada esta Conferencia estalló la guerra árabe-israelí (octubre 1973). Pero fue bloqueada, el 22 de octubre, por la U. R. S. S. y U. S. A., lo que ha venido a probar la apreciación que aquí se hacía.

ya estaba encapsulado en los primitivos proyectos de Schumann y Monnet, en las previsiones de De Gasperi y de Adenauer y —¿por qué no también?— en las cautelas y condicionamientos de De Gaulle. Es decir, comienza a perfilarse y concretarse lo que tiene que llegar a ser: una auténtica *realidad política*. Debemos, pues, completar nuestra afirmación anterior: «Europa es una idea política en marcha». Una realidad *fuera*, pero una *realidad*.

Para nosotros ha hecho bien Brugmans en destacar algo que injustificadamente se había ido olvidando, quizás por las tensiones habidas y por el retraso de Inglaterra en su incorporación oficial a las instituciones que se habían formado: Que la *idea europea* que se pone en marcha diez años antes del Tratado de Roma, entre 1947 y 1949 es de *matriz franco-británica*, si bien luego el excesivo orgullo británico de Winston Churchill —que le hacía quedarse en mero y distante padrino de la incitación ¡*Europa, despierta!*— y el excesivo orgullo francés de Charles de Gaulle, que le hacía desconfiar de la postura inglesa, pusieran frenos, durante demasiado tiempo, a un más rápido y definitivo desarrollo europeísta.

Este difícil camino, que es, por supuesto, mucho más complejo que el aquí esquematizado, marca, sin embargo, condiciones que se irán cumpliendo y seguramente superando. *Europa de los Estados*, que por lo menos apunta ya a una federación, y *Europa europea*, es decir, con afirmación de su independencia colectiva y su papel propio, y *Europa política*, o sea, con sus órganos propios, supranacionales, para realizar y ejecutar las decisiones comunes. Hoy sigue siendo verdad lo que hace unos pocos años decía el entonces presidente de la C. E. E., Jean Rey: «Europa no está gobernada». Quería decir, Europa como *unidad política*. Por eso afirmamos que es todavía solamente una idea política en marcha, pendiente de llegar a su destino.

Pero en la nueva configuración geopolítica del mundo, esta idea pesa ya mucho y las realizaciones económicas comunes son, por su volumen realmente impresionante, un importantísimo factor a considerar, ya desde un punto de vista *unitario*. Por eso, aunque con reservas, puede afirmarse que la unidad europea ha tenido ya comienzo.

3.3. La tercera gran tendencia que se advierte es que se va constituyendo una *geopolítica de grandes espacios*. Los ejemplos históricos, de elementales salidas al mar, múltiples salidas al mar, dominio de una cuenca hidrográfica, hegemonía sobre estrechos marítimos, apenas nos dicen ya nada, salvo de los esfuerzos de una humanidad muy diferente para cubrir, por grupos humanos, unas en general pequeñas esferas de dominio, hasta que se llegó a la época del desarrollo del colonialismo. Pero todo ha cambiado, extensa y profundamente, desde las experiencias de la segunda guerra mundial. Los mis-

siies *intercontinentales*, los submarinos *atómicos* y los bombarderos *estratégicos* de gran radio de acción —que combinados dan proporciones gigantescas a la posibilidad de la guerra *termonuclear*— han trastornado por completo todos los supuestos anteriores. Por ejemplo, las tesis *oceánicas* del almirante Mahan han tenido que ceder un gran puesto a las tesis *árticas* de Mitchell, Seversky y Spykman, porque hay una línea meridiana que sobre el Polo Norte une Fairbanks, en Alaska, con Murmansk y Moscú, en la U. R. S. S. Es sabido el masivo aprovisionamiento de material bélico que la U. R. S. S. recibió de U. S. A., después de la visita de Harry Hopkins, enviado especial de Roosevelt a Stalin, a través de la ruta de Murmansk y Arkangels, inatacable entonces por la insuficiencia de autonomía de la Luftwaffe. Hoy han cambiado totalmente las cosas. El Artico es un *corredor* aéreo. Por tanto, más que de una frontera báltica de Europa, habría ya que comenzar a considerar una frontera *ártica*. Cabe incluso pensar en una pronta rectificación de Noruega, sobre su reciente *referendum*, lo que en su día llevaría realmente la frontera de la nueva Comunidad Europea política hasta el Cabo Norte.

También las tesis sobre el *heartland* (corazón terrestre), del *Mundo Isla*, de Mackinder, han sido aún más superadas por las de Spykman y Cohen, sobre todo.

Por paradoja, a medida que el mundo, por los aumentos de velocidad ha acortado las distancias y se ha hecho más *uno*, ha podido advertirse que cada una de sus partes —incluso las hasta hace poco tiempo muy marginadas— adquirirían un valor específico y podrían llegar a ser consideradas en función de una política a escala mundial.

Ya en la gran concepción continentalista de Mackinder, llegó el propio autor a diferenciar en el *Mundo Isla* varios grandes espacios. En el *heartland*, al norte la gran planicie (*Great Lowland*) y al sur la gran altiplanicie (*Tableland*). Y, además, lo que representaba una gran novedad y hasta una rectificación de su idea básica: el reconocimiento de un nuevo y segundo *heartland*, el del centro-sudafricano, las dos zonas costeras (europea y monzónica) y las dos desérticas (Sahara y Arabia), que separaban los dos *corazones* del *Mundo Isla*.

El *Mundo Isla* quedaba así dividido en seis grandes regiones geopolíticas, más que naturales. Pero es obvio que aún quedaba fuera de la consideración marckinderiana todo el Nuevo Mundo, la Insulindia, Australia, el espacio ártico...

Lo cierto es que con esa particular atracción que para los geopolíticos tienen las tierras del Viejo Mundo, Cohen ha vuelto a centrar su atención en ellas y a articular una sugerente compartimentación que vuelve a poner a Eu-

ropa —dentro de la geopolítica de los grandes espacios— en un papel pre-
valente.

Hay, según Cohen, tres grandes regiones:

- 1) El mundo dependiente del comercio marítimo.
- 2) La Eurasia —potencia continental— que se extiende desde la Europa oriental, inclusive, al Este de Berlín y Viena, hasta la costa siberiana en el Extremo Oriente.
- 3) Asia monzónica.

Y configura también dos cinturones geopolíticos fragmentarios: el del Medio Oriente (Arabia-Persia) y el del sureste asiático.

Por supuesto, esta compartimentación se presta a muchas críticas. No es convincente. No se comprende bien, por ejemplo, la minusvaloración del sureste asiático, que incluyendo la Insulindia y las penínsulas sudorientales constituyen hormigueros humanos que han vivido siempre sobre el mar y, por tanto, desde el siglo XVI están dentro del área común del comercio marítimo, pero que además, desde los puntos de vista racial y cultural han mantenido su individualidad diferencial en relación con el complejo mundo sónico y con el monzónico.

Sin duda, la segregación que hace Cohen es debida a la influencia que sobre tal área ejerce y ejercerá aún más esta área de los países monzónicos y orientales. Y al proponerlo como «cinturón geopolítico fragmentario» parece querer indicar que debe marginarse, para evitar un interés competitivo de los U. S. A. en un área que ya en nuestros días se ha convertido en arduamente conflictiva.

Pero, dejando estos lejanos escenarios, la consideración —basada en hechos de geografía física y de historia— de que por la configuración muy recortada de sus costas, la Europa nórdica, centro-occidental y mediterránea, forman parte del mundo del comercio marítimo y son distintas del continentalismo oriental y ruso-siberiano, resulta absolutamente cierta y marcan una orientación inequívoca: hacia el Atlántico y América y África.

Diríamos que así se enfrentan dos concepciones: la de De Gaulle, cuando postulaba una *Europa hasta los Urales*, y la de Cohen, con una Europa desde Berlín y Viena hasta los espacios atlánticos. Pero aquella no ha tenido realidad y es difícil que pueda tenerla, salvo que Europa fuera a caer totalmente en la órbita política de la U. R. S. S.

La segunda concepción es la que realmente queda de la lenta fragua de la historia y de los esfuerzos constructivos que se están haciendo ahora mismo,

bajo nuestros ojos y con la lúcida aportación de hombres de las generaciones presentes.

Su espacio geográfico es pequeño, en comparación con los otros que quedan delimitados en los párrafos anteriores, aunque no tanto si se consideran hacia el norte la península escandinava y Finlandia, y hacia el sur el Mogreb, englobando, como tiene que ser, toda el área mediterránea.

Es a esta luz, de la geopolítica de los grandes espacios, como se advierte el posible papel de Europa unida como rectora de uno de ellos, precisamente de los más ricos, dinámicos y vivos y dentro de una zona antes permanentemente polémica y ahora, al parecer, decidida a ser una garantía de paz.

3.4. Como cuarta tendencia actual, aunque parezca temeridad voy a intentar establecer que nos dirigimos —colectivamente— a una *geopolítica de afinidades raciales*, con todas las reservas que hayan de ponerse, desde luego, sobre el término *raza*, que debe ser tomado aquí con una gran extensión conceptual.

A los marxistas, desde luego, ya sabemos que les escandalizará nuestra idea o hipótesis. Pero es que nos parece ver que dentro de algunos grandes espacios (chino, soviético, del comercio occidental, etc...) es perfectamente posible un desenvolvimiento económico casi sibusuficiente, casi diríamos autonómico o autárquico, con pequeñas y poco significativas excepciones de algunas materias primas o de ciertos servicios tecnológicos, exportables desde el Occidente o desde la U. R. S. S. a otras áreas menos desarrolladas. En consecuencia, enfrentamientos bélicos por causas económicas no parecen hoy por hoy previsibles, cuando se sabe que, dentro de cada gran espacio, dirigido por una gran potencia, quedan tantas reservas por desarrollar y explotar (2).

También parece que van desapareciendo los enfrentamientos ideológicos. El respeto a los principios de organización de cada Estado y de no injerencia se plantean como primera condición de la coexistencia y de las relaciones internacionales. No nos hacemos ilusiones, sin embargo, de que ciertas ideologías bien conocidas dejen de hacer su presión por cauces internos, más o menos clandestinos, más o menos abiertos. Nos referimos, simplemente, a que el enfrentamiento de principios filosóficos o políticos —y menos aún religiosos— en nuestro tiempo no parece que pueda convertirse en un enfrentamiento bélico. Hemos visto, más bien, exactamente lo contrario: un provisional e insincero Tratado entre el Berlín nazi y el Moscú stalinista; y una alianza a vida o muerte —mientras la vida y la muerte estuvieron en el pla-

(2) Tampoco en este aspecto, la crisis energética —consecuencia de la crisis del petróleo— no ha producido un *casus belli*.

tillo inestable de la balanza de la guerra— de los U. S. A. supercapitalistas y de la U. R. S. S. anticapitalista. Y, por el contrario, ahora mismo vemos erizada de armas la larga frontera chino-siberiana, aunque a ambos lados de la misma hay gentes que se dicen, todas, marxistas-leninistas. Las ideologías, en nuestros tiempos, ni separan ni unen. El siglo XX no es tiempo de Cruzadas.

En cambio, nos parece que aunque la raza a nivel individual tiende a no ser factor de discriminación, a grandes niveles de grupo parece seguir siendo un elemento a considerar.

Ese mismo potencial enfrentamiento chino-soviético, sin motivaciones económicas ni ideológicas, más parece tener una causa racial: el amarillo que reivindica tierras ocupadas por los blancos colonizadores, o la milenaria presión de los hombres de ojos oblicuos y tez amarilla sobre las estepas, en marcha tantas veces reiterada hacia el Oeste. Quizás en esa presión esté la mejor explicación de la distensión efectuada entre la U. R. S. S. y los U. S. A. Y el famoso teléfono rojo que une en línea directa la Casa Blanca y el Kremlin no sea más que el símbolo de un eje, cara a un futuro incierto. Recordemos que Donoso Cortés, en aquellas apocalípticas profecías que hacía en su fulgurante oratoria, decía que Europa se uniría cuando la coleta de un chino apareciese en los Urales. Porque ahora se estima que un día los chinos pueden traspasar el Tian-Shan o el Tannu-Tuva, se están produciendo muchas coexistencias que hace sólo veinticinco años parecían imprevisibles. Cabe pensar que si la presión se acrecienta se producirá una afinidad *blanca* entre la U. R. S. S., Europa occidental y mediterránea y los U. S. A., para mantener, por lo menos, el equilibrio inestable y difícil de la paz. Nos parece el caso más relevante —y es posible que más inmediato— de una afinidad geopolítica racial del mundo que emerge.

También desde este punto de vista, el papel de Europa puede resultar eminente. Primero, por su posición central e intermedia, entre la U. R. S. S. y U. S. A., lo mismo vía Atlántico que vía casquete polar. Si U. S. A. habría de convertirse —por segunda vez— en gran aliado de la U. R. S. S., a pesar de que la nueva guerra sería muy diferente de la anterior, y los choques serán tecnológicos más que de ocupación material de los Estados, y las batallas controladas por computadoras de rapidísima información y fulminante funcionamiento, la ubicación de Europa la convertiría en base general de la logística de apoyo norteamericana.

En segundo lugar, nunca sería desdeñable su propia potencia humana, industrial y tecnológica para defensa del espacio ruso-siberiano. Desde este punto de vista la acción unitaria de Europa sería importante. La nueva invasión ya no encontraría pueblos desunidos y débiles y menos aún antagonistas belige-

rantes, sino conjuntados y fuertes, decididos a cooperar en una defensa común.

Y la difícil y precaria unión que pudo triunfar con gravísimas dificultades frente a Atila, en los albores de la Edad Media, podría llevar —esta vez— los Campos Catalaunicos mucho más al Oriente. Europa, en este nuevo protagonismo de afinidades raciales, dentro de la nueva geopolítica, tiene igualmente un lugar destacado bajo la condición de que se logre su unidad.

4. LOS FACTORES FUNDAMENTALES DE LA FUNCIÓN GEOPOLÍTICA DE LA NUEVA EUROPA

4.1. Tras el análisis que acabamos de hacer es ya oportuno que pasemos a examinar cuál es el papel que puede desempeñar Europa en la nueva situación geopolítica general de este final del siglo XX.

Su función nos parece depender de los siguientes tres factores fundamentales:

Primero, su situación "geohistórica" actual y no sólo geográfica.—Queremos con esto aludir a que, más que los conceptos de *espacio* y *posición*, tan caros a la ya periclitada geopolítica ratzeliana o haushoferiana, que tiene cierto carácter estático, hay que poner, sobre todo, el segundo —la *posición*— en relación con la que tienen otras fuerzas *vigentes* en presencia y con las *potenciales* a un plazo no demasiado largo.

Las dos fuerzas más activas y protagonistas son —ya lo sabemos— U. S. A. y U. R. S. S. Entre ambas se sitúa Europa, todavía políticamente desunida, pero en una parte ya fuertemente cohesionada y con inclinación clara hacia la alianza con U. S. A.; y en otra parte, la oriental y danubiana que se integra en el Pacto de Varsovia, prácticamente colonizada por la U. R. S. S., que condiciona incluso sus posibilidades de evolución por la *doctrina Breznev*, reivindicadora de la facultad de intervención de la U. R. S. S. en cualquier país de la Europa oriental donde pueda ponerse en riesgo, aun por decisiones internas de su población, el sistema comunista de vida.

Sin embargo, aun dentro de este panorama de división y debilidad, la C. E. E. existe en su parte occidental, ampliada ya a nueve miembros, que viene a representar un nódulo de formación histórica unitaria, capaz de evolucionar y ampliarse aún más, atrayendo hacia su organización, en definitiva, y hacia sus orientaciones políticas, a la totalidad de los países de la Europa occidental y mediterránea, que no sufren aquella hipoteca de los que forman dentro del Pacto de Varsovia.

Un baremo expresivo de esta tendencia unificadora lo da la consideración

estadística de los Estados que forman parte de cada una de las organizaciones políticas, económicas y culturales de Europa occidental.

De los 21 países que podemos considerar la integran, 17 forman parte del Consejo de Europa (se exceptúan: España, Grecia, Finlandia y Portugal); 18 están en la O. C. D. E. (se exceptúan: Irlanda, Malta y Chipre); 12 se integran en la N. A. T. O (se exceptúan: Islandia, Irlanda, Finlandia, Francia, Austria, Suiza, Malta, Chipre y España).

Algunas de las excepciones, como Finlandia y Austria, se explican por los condicionamientos prohibitivos de sus respectivos Tratados de paz con la U. R. S. S.; otros, como el caso de la ausencia de Francia en la N. A. T. O., por la decisión del general De Gaulle, de retener en sus manos la de su *force de frappe* atómica, sin dependencia de un mando extraño e incontrolado desde el punto de vista francés (y europeo). Otras, como España y Portugal, por motivaciones políticas, que si no han sido bastantes para impedir a Portugal su acceso a la N. A. T. O., sí que lo fueron para España, y siguen siéndolo para ambas, en relación con la C. E. E., por ejemplo.

Vale la pena hacer aquí memoria del fracaso de la E. F. T. A., totalmente a extinguir, pieza ortopédica proyectada por Gran Bretaña como posible oponente al M. C. y, por tanto, con limitado alcance económico.

La propia Inglaterra comenzó a abandonarla sólo un año después de haberla puesto en marcha, cuando hizo su primera petición de ingreso en el M. C., con implícito reconocimiento de la mayor validez de éste para una reorganización de Europa.

Por eso seámos permitido decir aquí que no acertamos a comprender cómo se puede pensar, ni aun hipotéticamente, que España negocie con la E. F. T. A., condenada a extinción, como una alternativa al M. C. Esa alternativa no existe. Porque económicamente, el volumen de los intercambios españoles con los pocos países que le restan, después de la defección de Gran Bretaña, cuya política económica, naturalmente, ya se inscribe en la total del M. C., no representa más que un porcentaje ínfimo de la total economía española; y porque, políticamente, en la esfera internacional, no tiene protagonismo ni porvenir. Esa supuesta alternativa, pues, no existe. Con todas sus dificultades, sólo Europa, es decir, la Europa occidental y mediterránea unida, es salida adecuada al actual planteamiento de fuerzas en vigencia.

Si acaso, logrado que sea ese objetivo, habría que ampliarlo por una doble razón, geográfica y cultural.

Geográfica: El Mediterráneo, por sus dimensiones y situación, no es la verdadera frontera de Europa. Desde la más lejana antigüedad hasta hoy mismo, sus países ribereños han formado una misma área histórico-cultural y económica con los europeos de las mismas orillas. Su frontera está más al sur,

en las soledades desérticas, anecuménicas, del Sahara, que la separa del Africa negra.

Cultural: Aunque siguiendo la terminología de Toynbee, esos países pertenecen mayoritariamente a la cultura islámica, su simbiosis con la cristiana-occidental ha sido intensísima, sobre todo en el último siglo y medio, tras haberse perdido casi totalmente todas las influencias e interferencias anteriores (helenísticas, romanas, cristianas).

Por eso, aun admitiendo con Denis de Rougemont, que «la unidad de base histórica que hace posible la unidad política de Europa es la cultura común de los europeos», estimamos que para esa ampliación del espacio geopolítico no habría fenómenos graves de rechazo. La cultura se ha ido secularizando y los ingredientes religiosos ya no discriminan a los grupos humanos.

La creación de un área común de intereses económicos, culturales y de poder, desde el Artico hasta el Sahara, aparece, pues, como posible.

4.2. El segundo factor que condiciona esta creación es la *disponibilidad de una fuerza nuclear propia*.

Nadie se atrevería a negar que las reservas de armas nucleares que puedan tener Francia e Inglaterra son harto modestas en comparación con los arsenales de los dos grandes poderes atómicos conocidos, de U. S. A. y la U. R. S. S.

Pero tampoco se niega que puedan ser suficientes para imponer respeto y prudencia a un presunto agresor.

A este respecto, la decisión del general De Gaulle de optar por la prioridad del arma atómica sobre cualquier otra necesidad francesa es realmente histórica.

Cuando en 1960, en las arenas saharianas de Reggan, Francia dispuso de su primera bomba atómica, suficientemente experimentada, comenzaba una nueva posibilidad de diálogo de un país europeo con las otras dos grandes potencias.

Francia no se ha parado. La actual crisis, en torno a la nueva experiencia de Mururoa, tanto a nivel internacional, por los presuntamente afectados, como a nivel interno, con la polémica Iglesia francesa-Fuerzas armadas, evidencia el interés general de la cuestión.

Pero muy probablemente, aquel principio y esta continuidad en el desarrollo de las investigaciones y las aplicaciones nucleares, ha hecho posible también llegar a las negociaciones SALT, de Helsinki, en nuestro corriente año 1973, teniendo que contar ya los dos antagonistas con el plural interlocutor europeo.

Y quizá esto haya sido así porque, desde entonces, Francia quiso y pudo tener una alternativa a la estrategia propugnada en la N. A. T. O.

Ante todo, ya no se conformó con la estrategia de Mac Namara o de la *respuesta adaptada o flexible* ante una posible agresión procedente del Este.

El principio de la estrategia francesa fue, por el contrario, *la respuesta atómica inmediata*, aunque fuera limitada a la primera oleada de ataque. Para ello se propugnó, además, un *dispositivo avanzado*, a fin de impedir que, desde el principio, Alemania occidental y, eventualmente, la propia Francia, quedaran sumergidas bajo la invasión. Pues para U. S. A., inspiradora de toda la estrategia de la N. A. T. O., tiene poca importancia que una franja de 3.000 kms. de anchura, desde el Elba hasta Calais, quede destrozada, aunque luego pueda ser reconquistada. Pero para Francia es vital que ésto no pueda ocurrir.

En esas alternativas es cierto, como dijo el general Castañón de Mena, en memorable conferencia en la Cátedra Palafox de la Universidad de Zaragoza, que «al negarse Francia a integrar su ejército con los de las naciones vecinas, hizo que el ejército alemán cayese en brazos de América. Confirmó la preponderancia angloamericana en la estrategia occidental en lugar de atenuarla.»

Pero esto sólo fue, conceptualmente, *en principio* y cronológicamente, *al principio* del proceso.

Después se ha visto que la energía nuclear aplicada a la guerra ha impuesto su propia lógica. Y las posibilidades *disuasorias*, por emplear la terminología del general Beaufré han sido estimadas en su justo valor. Las armas nucleares francesas e inglesas —en una Europa de los Nueve, donde son pivotes fundamentales Francia e Inglaterra— con todas sus limitaciones han sido capaces de obligar a elaborar una estrategia común defensiva que, a su vez, tiene que ser catalizadora de la unificación política de Europa. Justo, en esto estriba la categoría histórica de la decisión que tuvo el general De Gaulle, indirectamente. A pesar de tantas facecias, más o menos ingeniosas, como se le han colgado a cuenta de su personal sentido de la *grandeur*, hay que considerarlo, por esta medida atrevidísima en una Francia todavía entonces en difícil trance de reconstrucción, como uno de los más sólidos y grandes creadores de la nueva Europa. Su punto de vista, de ancho compás histórico, era el que tenía la razón del futuro y no la alicorta y pequeña razón de aquel presente. Europa le deberá siempre uno de los fundamentos más sólidos de su posible unidad: el de tener una fuerza propia, en un mundo donde la fuerza sigue siendo un poderoso argumento.

4.3. El tercer factor de la influencia europea, que ya entronca con el anterior, según ha quedado sugerido, es *la clara tendencia unificadora en lo político*.

A nadie que haya estudiado con algún detenimiento el último período de la formación de la idea de Europa se le puede ocultar que, en todos sus promotores latía, más o menos expreso, el principio de que hay que llegar a alguna clase de *unidad política*.

El primero, en el orden del tiempo, W. Churchill, en su famoso discurso de Zurich (1.º de septiembre de 1946) apenas un año después de terminada la segunda guerra mundial: «debemos llegar a crear una especie de Estados Unidos de Europa...».

Después, Spaak (26 de agosto de 1949), afirmando, en presencia de representantes de doce países en el Consejo de Europa, la existencia de *una conciencia europea*, en la que coinciden las tendencias políticamente más diversas: conservadores, liberales, socialistas...

Luego, Monnet y Schumann (1950), al poner en marcha la C. E. C. A. y crear, con notable originalidad, una cierta entidad jurídica unitaria, con poderes políticos, aunque limitados y condicionados (Alta autoridad, Comité consultivo y Tribunal de Justicia), más un principio de acción unitaria que derivaría de la Asamblea y del Consejo de Ministros.

Las fases sucesivas, ya de carácter francamente institucional (Tratados de Roma, de 1957, y de Bruselas, de 1965) para la creación primero, la fusión después, de las tres instituciones (C. E. C. A., C. E. E. y C. E. E. A.) estableciendo definitivamente las *Comunidades europeas*, no han hecho más que subrayar tal tendencia unificadora, fuertemente vigorizada con la ampliación a *nueve*, por la reciente incorporación de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca.

Por supuesto, el proceso no ha sido —y no seguirá siendo— fácil.

Unas veces ha sido Francia la que ha puesto obstáculos (por ejemplo, a la «Comunidad europea de defensa», de 1954). Otras, los obstáculos han sido puestos a concretos planes franceses (los llamados *planes Fouchet I y II*), que intentaban convertir la Comunidad europea ya en una Federación de Estados (1962).

Pero empezó a tomar más cuerpo y entidad la tesis europeísta tras la sucesión de De Gaulle. Puede ponerse tal momento en la llamada *cumbre de la Haya* (1969), cuando el Presidente francés Pompidou hizo dos propuestas muy concretas:

- a) La unión económica, que no debería ser sólo una unión aduanera, sino que debería también comprender la unión monetaria, basada en un Fondo de Reserva comunitaria; y
- b) La reanudación de las negociaciones para la incorporación de la Gran Bretaña, que había sido antes interferida por De Gaulle.

Tales propuestas eran como un doble vector, económico y político, que marcaba ya una trayectoria decidida, una orientación clara.

El paso decisivo, sin embargo, se ha dado en la *cumbre de París*, (octubre, 1972) verdadero acontecimiento histórico en la construcción de Europa, si llegan a cumplirse los puntos previstos, con riguroso emplazamiento oficial, para antes de 1 de enero de 1980.

Pues, en efecto, allí se acuerda:

— La decisión de instaurar la unión económica y monetaria entre los Nueve Estados miembros;

— La «voluntad de transformar en una *Unión europea* el conjunto de relaciones recíprocas antes de que termine el presente decenio».

Y se dan igualmente instrucciones concretas a las Comisiones de expertos para que preparen los instrumentos jurídico-políticos que permitan regular unitariamente todas las políticas conexas (monetaria, tecnológica, social, de la energía, regional, etc. ...).

Estamos, pues, muy lejos de la *utopía*. Por el contrario, en esas decisiones, ya tomadas y puestas como base de un trabajo muy concreto, se enfrentan problemas de aquí y de ahora, de una Europa que se gesta a plazos fijos y con formas definidas.

Estos son los factores que, a mi modo de ver, condicionan el futuro, desde el punto de vista europeo.

5. LA DILATACIÓN DE LAS FRONTERAS DE EUROPA

No nos referimos, claro está, a una dilatación física o política. Mucho menos a una reivindicación territorial hacia ningún punto cardinal. Mas atrás hemos dejado concluso que hay abierta una geopolítica de paz y que uno de sus postulados, llevados incluso al muy reciente Tratado de Moscú, como fruto de la nueva *Ostpolitik*, es la permanencia de las fronteras que salieron de Yalta y de Postdam.

Pero esto no obsta para que el proceso de integración de las fronteras de la *Comunidad europea* siga abierto.

Desde este punto de vista puede asegurarse que las fronteras exteriores de los *Nueve* se dilatarán y que con los sacrificios institucionales o de principio que haya que hacer, los países que seguimos esperando a su puerta, ingresaremos al fin.

Fraga Iribarne ha sido ya, más de una vez, quien ha dicho que la trascendencia de la cuestión para España bien valdría un *referendum*. Y el Conde de Montarco acaba de escribir (*ABC*, 13 de mayo de 1973) que *Europa bien valdría unos retoques constitucionales*.

No es nuestra misión aquí estudiar ni si son realmente necesarios tales retoques o más bien bastaría abrir con autenticidad nuestros cauces representativos; ni, si en el caso de que aquellos retoques fueran efectivamente precisos, determinar hasta qué límites tendría que llegarse, en relación con los principios filosófico-institucionales que parecen fundamentar las *Comunidades europeas*. Esto por lo que a nosotros, españoles, respecta.

Pero al referirnos a las posibilidades de expansión de las actuales fronteras externas de los *Nueve*, queremos también indicar que es muy importante su posible ampliación económicamente considerada.

El ejemplo está ya dado y el proceso firmemente iniciado. El 20 de julio de 1963 se firmaba el acuerdo denominado *Yaoundé I* y el 1 de enero de 1971, comenzaba el vigor del llamado *Yaoundé II* que como prórroga y perfeccionamiento del anterior se había firmado el 29 de julio de 1969.

En ambos, por la función de *punte* ejercida por Francia con dieciocho Estados africanos y Malgache asociados en el E. A. M. A., francófonos, se establecían preferencias generalizadas comerciales, asistencias técnicas y financieras, acción cultural, cierto comercio liberalizado, coordinación de inversiones, racionalización de una industrialización dirigida, con su correspondiente asistencia social, etc.

En la misma línea está, aunque con menor entidad, el *Convenio de Arusha*, entre la C. E. E. y Kenia, Uganda y Tanzania, vigente hasta 1975.

Cabe, por tanto, pensar que la reciente incorporación de Gran Bretaña abra caminos análogos para otros veinte países anglófonos: Botswana, Gambia, Lesotho, Malawi, Ngwane, Nigeria, Sierra Leona, Zambia, Jamaica, Trinidad, Tobago, Guayana, Barbada, Tonga, Fidji y Samoa occidental, sin contar las relaciones —de muy otro carácter, por su peculiar demografía y condiciones económico culturales— con Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

Aún hay mucho más. *Acuerdos de asociación* existen ya con Turquía y Grecia (éste temporalmente suspendido a consecuencia del *régimen de los Coroneles*). Marruecos y Túnez han pasado a ser también, de la mano de Francia, *asociados parciales*, en 1969. *Acuerdos comerciales preferentes* están en negociación, muy polémica, por cierto, en estos mismos días —por lo que se refiere a nuestra patria— con España, Israel y Yugoslavia. Con Malta se ha llegado a un *acuerdo de asociación* (1971), que en sólo diez años llegará a una total unión aduanera.

Un horizonte de especial categoría y significación y de creciente impor-

tancia por las tasas de crecimiento demográfico de los países a que afecta, que hace especialmente importante su porvenir, es el que abren las llamadas *declaraciones de Buenos Aires (1970)* y de *Santiago (1972)* hechas por los embajadores que forman la Comisión especial de Coordinación Latino-Americana (C. E. C. L. A.).

En la última, ante la inminencia de lo que iba a ser la *cumbre de París*, solicitaban, mediante entrega en Bruselas de un documento formal (que es la que se ha llamado *declaración de Santiago*):

— «Una política de cooperación con los países de la C. E. C. L. A. de conformidad con las responsabilidades crecientes que la C. E. E. deberá asumir, como consecuencia de su ampliación.»

— «Una política económica global» con dichos países.

— «Unas preferencias generalizadas» para todos ellos, en vez de políticas bilaterales.

Es sabido que los Jefes de Estado y de Gobierno reunidos en París no dieron contestación expresa a estas peticiones.

Pero en alguno de los puntos que fijaron como orientadores de la futura política general de la C. E. E. (concretamente, en el 5.º) se advierte que entendían podría iniciarse una negociación que contemplase los complejos problemas que tal nueva política económica podría comportar.

Las fronteras económicas, pues, de la Comunidad europea, que ya son considerables, están en plena dilatación. En 1970, los Seis, que representaban sólo un 5 por 100 de la población mundial, mantenían el 30 por 100 del comercio internacional.

La ampliación a los *Nueve* ha representado llegar al 9 por 100 de la población mundial y al 40 por 100 de su participación en el comercio internacional.

Las importaciones significan 11.000 millones de dólares, en números redondos más que las de U. S. A. y la U. R. S. S. reunidas. Y las exportaciones unos 13.000 millones de dólares más, también, que ambas potencias juntas. Igualmente ocupa el primer lugar mundial en reservas de oro y divisas, representando casi el triplo de las de U. S. A., que mantiene el segundo lugar mundial.

En un mundo que quiere vivir en paz esto es lo que cuenta. Las fronteras de las grandes unidades humanas y políticas están allí donde está su cultura, su tecnología, su influencia económica y cultural.

No podemos —ni queremos— hacernos demasiadas ilusiones. El camino de una nueva Europa, sobre todo de una *Europa política y económicamente*

unida, como ha sido ya delineada en la reciente *cumbre de París*, puede ser todavía largo y arduo. Quizá no se culmine, como allí se dijo, en el presente decenio.

Pero es tarea de todos los que creemos una cosa: Que la historia de Europa delinea y orienta una unidad de cultura y de destino. Y es nuestro deber hacerla posible, como alternativa salvadora de un protagonismo histórico y de una herencia cultural humana que no debe morir.

JOSE MARÍA MARTÍNEZ VAL

R É S U M É

D'une certaine façon, ce nouvel article du professeur Dr. Martínez Val est une continuation et un complément de l'article intitulé Europa: Nueva Geopolítica y nuevo Derecho publié dans cette même Revue (nums. 189-190, p. 101-130). La Géopolitique est interdisciplinaire. En elle s'entrecroisent la géographie et l'histoire, la politique et l'économie. Elle peut donc pour cela commencer à s'appeler "géographie active ou appliquée". Quatre grandes causes ont déterminé l'apparition de quelques nouveaux points de vue géopolitiques: le développement de l'aviation, l'énergie atomique, la décolonisation et l'apparition de nouveaux centres de pouvoir. Face à une nouvelle géopolitique, il doit y avoir une nouvelle réponse de l'Europe. L'Europe unie est la réponse.

Bien qu'avec Friedrich on affirme qu'en politique on peut attendre l'inspéré, il est possible d'observer aujourd'hui de grandes tendances géopolitiques, dans lesquelles acquiert un volume et une signification spéciale l'espace qu'occupent les Europes occidentale et méditerranéenne. Ces tendances sont:

1. Une géopolitique de paix, basée sur le respect des frontières actuelles européennes. A partir de cette base, les deux grandes puissances actuelles (USA et l'URSS) semblent décidées à assumer une position de blocus géographique. La carte des possibles conflits semble être plutôt extraeuropéenne.

2. La constitution d'une nouvelle Europe, de caractère franco-britannique.

3. Une géopolitique des grands espaces. Une fois dépassées les théories de Mahan et de Mackinder, deux grandes conceptions semblent s'affronter en ce qui concerne l'Europe: celle de De Gaulle et celle du professeur Cohen.

4. Une géopolitique d'affinités raciales, plus qu'idéologiques. On peut interpréter l'actuelle polarité USA-URSS comme une affinité "blanche", face au danger potentiel d'une Chine débordante.

Dans ce contexte, la nouvelle Europe peut assumer une fonction géopolitique importante, qui dépend des facteurs fondamentaux suivants:

a) Sa situation géohistorique actuelle, et non seulement géographique. Son processus d'unification est supérieur à celui qu'expriment les "neuf", car des 21 pays qui constituent l'Europe occidentale, 12, 17 et 18 sont respectivement intégrés dans la NATO, le Conseil de l'Europe et la O. C. D. E. De plus, la France et l'Angleterre disposent d'une "force de frappe" atomique. La décision du Général De Gaulle pour l'obtenir, au prix du sacrifice d'autres résultats de politique intérieure, finira par être considérée comme historique. Bien que dans une mesure assez limitée, c'est ce qui donne à l'Europe un possible protagonisme face au futur, et c'est ce qui a créé une plus grande possibilité de paix. Et enfin, la très nette tendance unificatrice dans le politique. Tendance qui suppose d'énormes difficultés qui demandent encore une solution, mais inéquivoque et décidée, au niveau des Départements d'Etat, depuis la réunion au sommet de Paris en octobre de 1972.

b) Tout ceci a créé la possibilité d'une dilatation des frontières de l'Europe, non pas par aucune forme d'agressions ou d'annexions mais par l'attraction qu'envers son industrie et son commerce, sa culture et ses formes de vie, sentent les pays africains et américains, comme l'ont montré les accords de Yaoundé I et II et les déclarations de Buenos Aires et de Santiago de Chile, qui essaient d'arriver à une politique de coopération et à une politique économique globale, au lieu de politiques bilatérales.

S U M M A R Y

This new study by Professor Martínez Val is, in a way, the continuation and the complement of his *Europe: New geopolitics and new law*, published in this Review (Nos. 189-190, pp. 101-130). Geopolitics is interdisciplinary, the meeting-place of geography and history and of politics and economy. It can for this reason move in the direction of what is beginning to be called "active or applied geography". New geopolitical points of view have arisen as the result of four major causes: developments in aviation, atomic energy, decolonization and the appearance of new centres of power. Europe must find a new answer to a new geopolitical situation. A united Europe is the answer.

Although Friedrich claimed that in politics one had to expect the unexpected, students point to today's overall geopolitical trends, attaching particular significance to Western and Mediterranean Europe. These trends are:

1. A geopolitics of peace, based on respecting the present European frontiers. In accordance with this, the two great powers (U. S. A. and U. S. S. R.)

appear to have adopted a "geo-blocking" approach. The map of possible frictions looks extra-European.

2. The constitution of a new Europe, centred around France and Great Britain.

3. A geopolicy of large zones. More relevant today than Mahan's and Mackinder's theories are, where Europe is concerned, the two rival approaches of De Gaulle and Professor Cohen.

4. A geopolicy of racial rather than ideological affinities. The present U. S. A.-U. S. S. R. polarity may be interpreted as an affinity between white nations faced with the potential danger of teeming China.

In this context, the new Europe can exercise an important geopolitical function dependent upon the following basic factors:

Her present geohistorical —not only geographic— situation. Her unification is going forward at a rate not reflected by the "Nine" since, of the twenty-one countries that make up Western Europe, twelve, seventeen and eighteen form part of, respectively, NATO, the Council of Europe and the OECD. In addition, France and Great Britain possess an atomic force de frappe. General De Gaulle's determined pursuit and achievement of this aim, for which he sacrificed internal political advantages, will come, in the course of time, to be seen as historic. Though not on any great scale, it is this that gives Europe the chance of a leading role in shaping the future and has brought about a greater possibility of peace. Finally, there is a clear trend towards unity in political matters. In spite of the enormous difficulties that remain to be overcome, this has been a certain fact at head of state level ever since the Paris Summit of October 1972.

All this has made possible a widening of the frontiers of Europe, not by any sort of aggression or annexion, but by the attraction exerted on the countries of Africa and America by her industry and trade, and by her culture and life-style, as the agreements of Yaounde I and II and the declarations of Buenos Aires and Santiago de Chile, in their attempts to achieve a policy of cooperation and a global economic policy instead of bilateral "policies", have amply shown.